

tas de comportamiento y los hábitos de consumo, o la simple observación distanciada de lo que aquí pasa, sino la lógica del accidente, la retórica del *suspense*, el síndrome de la catástrofe, el gusto por lo excepcional, la pasión por la anécdota, el placer del excurso, la tentación del espectáculo efímero, azaroso, sensacional: las leyes precisas por la que se rigen los fenómenos de masas. El modelo del Mundial, con exactitud.

Existen dos grandes narraciones acerca de la Transición (escrito así, con mayúscula obscena, bien llamativa en términos tipográficos la detestable contradicción entre un modesto significado de paso y un tedioso significante que amenaza eternidad): Los hombres de las llamadas *ciencias sociales* nos cuentan en sus numerosos y poco leídos estudios empíricos de la naturalidad y hasta flemas con que los españoles nos hemos adaptado al cambio democrático; del creciente e irreversible proceso de modernización social e individual; de nuestra pasmosa gobernabilidad y de unos comportamientos cívicos que en nada sustancial difieren de los comunes en otras comunidades de mucha más tradición democrática y consistencia industrial. Incluso refieren el desparpajo increíble que le echamos al consumo de los signos posindustriales. Son historias pobladas de cifras y gráficos, de lectura árida y metodologías adversas en ocasiones, pero que suelen concluir de idéntica manera, y de las que está rigurosamente prohibido inferir el gusto de los españoles actuales por el acontecimiento extraordinario, insólito, sensacional, dramático, catastrofista, interruptor de la normalidad.



La otra narración es la que se lee diariamente en las caras crispadas de los políticos, en las primeras planas de los periódicos, en las arengas de los militares, en los sermones de los curas y, sobre todo, en los discursos machacones del poder y sus suburbios. Allí es otra historia bien distinta la que nos cuentan acerca del héroe de la Transición. Un relato sensacionalista lleno de anécdotas patéticas de quita y pon, altamente efímeras, que progresa hacia la nada de acontecimiento repentino en evento insólito y al margen de la lógica de la evolución —incluso de la evolución biológica—, en donde se le niega al personal de a pie la capacidad para asumir y vivir de una vez por todas, sin eufemismos ni dilaciones, la pluralidad. Una historia que trata de seres desmemoriados y de hábitos preindustriales, urgidos permanentemente de tutela, necesitados de sucesos de mucha emoción colectiva para poder expresar correctamente sus ideas políticas

o sociales, desencantados por la gracia de Dios —o de la genética—. Sujetos que sólo pueden gobernar por el discurso tribal del miedo y el recurso religioso del unanimismo. Tipejos disuadidos y consensuados.

Kodacolor y fotomatón

Simplifico las posturas porque de simplificaciones se trata en ambos casos. Lo cierto es que cualquier persona que tenga la curiosidad de ojear el último informe Foessa, por elemental ejemplo que está al alcance de la mano, y compare el sereno y aburrido retrato en kodacolor del español medio que allí sale con el fotomatón de comisaría de guardia que se infiere del otro diagnóstico, creará que se trata de dos personajes. No sólo distintos: antagonicos.

Sería por lo menos divertido establecer el cuadro de las oposiciones paradigmáticas entre ambas instantáneas, tomadas precisamente el mismo día. Pero a efectos de lo que ahora me interesa, anoto una sola diferencia. Como cualquier ciudadano de una sociedad moderna, en vías de posindustrialización acelerada, ese español que sale fotografiado en las estadísticas es un *consumidor* de cultura de masas. El otro es *masa*, y como tal se le habla, describe, persuade y gobierna. Y ya que en el Mundial andamos metidos hasta el cuello, ésta podría ser la versión futbolera en terminología que tomo de Vicente Verdú: a uno se le estima como *espectador* y al otro le tratan como *forofo*.

EL MUNDIAL DE LA GUERRA

La guerra de las Malvinas tiñe de costado todo pensamiento que se acerca al Mundial. No ha de haber aficionado, por huero que tenga el cómputo político, que no asocie cada vicisitud del Atlántico Sur a los días que esperan para el 13 de junio. Lo que hace unas semanas españolas se presentaba con el aire de los grandes acontecimientos brillantes, aparece ahora ceñido por el olor de la guerra.

Como las Olimpiadas de Moscú, en 1980, fueron derruidas por las repercusiones políticas de la invasión de Afganistán, el Mundial 1982 está siendo silenciosamente corroído por los vapores de esa muerte a granel que provocan los torpedos y las bombas. Ninguna oportunidad mejor, desde esta tristura humana y deportiva, para entender la necesidad que la liturgia futbolística tiene de la limpieza. Del ánimo terso y la colonia en el pelo que requieren las buenas celebraciones. Columnian a la afición o la ig-

VICENTE VERDU

noran quienes con empecinamiento pretenden denunciar al fútbol como un lenitivo para los males. Y yerran con sabiduría de pulpito quienes diagnostican que el fútbol es una suerte de turunda de algodón con la que la población sofoca sus heridas. No hay a menudo mejor consuelo para nuestras desdichas que la contemplación de otra desdicha ajena: nada, pues, semejante a la felicidad simulada que el conspicuo aficionado pretendía deducir del Mundial.

Pero es más. Por esta vez la selección española se ha venido comportando con tal mesura en su entusiasmo, ha sido a la vez tan poco sedicente y seductora, que el seguidor ha visto en ella una esperanza menuda y proporcionada a la cordura. Nuestro equipo —sea el que destile la livida imaginación de Santamaría— es de antemano la evidencia de la mediocridad. Nadie, a poca razón futbolística que tenga, ha po-

dido forjarse una épica de hincha. Ni, por tanto, asumir una eventual ebriedad patriótica a lo largo de los veintiocho días que dura el campeonato.

En España, ahora, como acaso sólo sucedió en Suiza (1954), en Suecia (1958) o en Chile (1962) el equipo anfitrión hará su gloria si llega a las semifinales. Con eso y haber gestionado civilizadamente los juegos el éxito será completo. Es decir, sin fisuras. Este es el lema; y no ya de Saporta, que de principio mostró su talante de organizador abstracto y al que parece sonarle el nombre de Arconada a propósito del anuncio en la tele, sino de los más favorables críticos del equipo español. Nada, pues, de grandes calenturas ni de desgarros por la selección nacional. Pocas veces el conjunto representante del país organizador habría de causar menos perturbaciones emocionales. Lo que España parece jugar en este Campeonato no es un triunfo deportivo, sino un protocolo turístico.

Es obvio que toda la barroca logística del Mundial —de todos los Mundiales— está destinada a transformar por cuatro semanas al público diverso en hinchada patriótica, en masa amorfa, desestructurada socialmente —desintegrada de sus respectivos clubs futbolísticos—, con relaciones basadas en el contrato —de acceso al campo o de uso del televisor— y de un solo comportamiento —comportamiento de convergencia, dicen los teóricos de los fenómenos de masas para designar las anomalías provocadas por las situaciones extraordinarias, como los desastres o los Mundiales, que vienen a ser la misma cosa.

El acontecimiento-volcán

Transformar por el acontecimiento-volcán la diferencia en repetición, lo diverso en unánime, la excepción en re-

gla, la pluralidad en consenso, el simulacro en realidad, la coyuntura en historia, el espectador en forofo, el individuo en masa, el ruido en mensaje, lo exótico en cotidiano. Y esto ocurre con el Mundial, como ejemplar espectáculo de masas que es, pero, sobre todo, ocurre en los escenarios donde se representa diariamente el espectáculo de lo político. Todos los días es Mundial, podemos decir a propósito de la lógica sobre la que discurre la Transición. Todos los días es interrupción de la Liga, paréntesis, sensacionalismo, *cursum interruptus*, producción de actualidad extravagante, juguetona o dramática, cuyo objetivo inmediato es ampliar y amplificar la incertidumbre política y social, devaluar lo inteligible y elevar el fenómeno irregular a categoría histórica para que todo siga igual.

Por eso el Mundial se inscribe dentro de la lógica del acontecimiento político español. No por lo que tiene el juego del fútbol de posible manipulación de las muchedumbres, de evasión dominguera

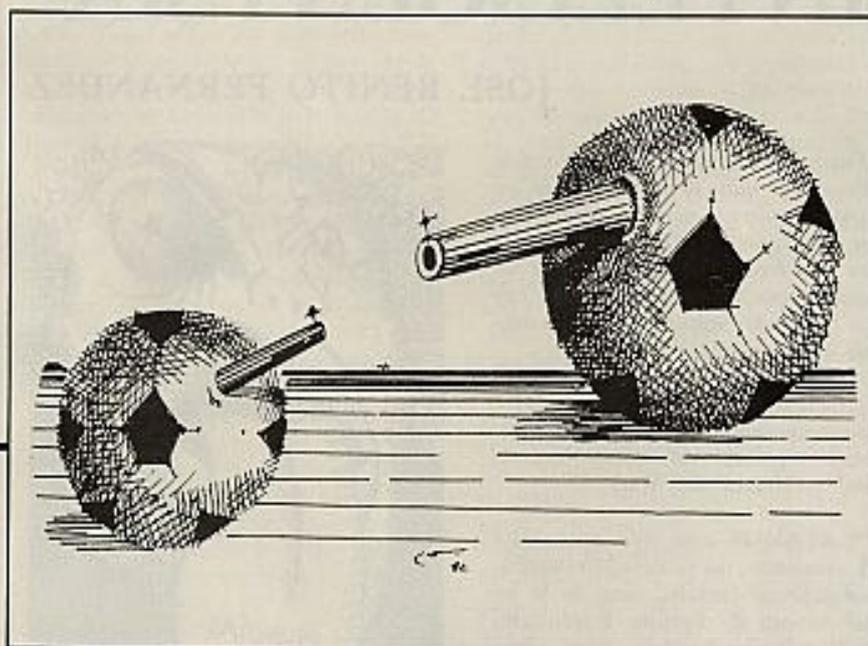
de la realidad (tiemblo al teclear esta palabra), de embrutecimiento cultural, de opio del pueblo y parecidos dictérios apocalípticos que todavía se emiten en nombre de no sé qué tipo de cultura popular liberadora, de no sé qué clase de artes o espectáculos nobles, de no sé qué idea de lo que debe ser el gusto obligatorio de las mayorías silenciosas, sino por lo que este gran *show* del Mundial tiene de familiar con esa retahíla de fenómenos de masas que se suceden ininterrumpidamente para interrumpir como es debido el curso de la evolución democrática e histórica. Un acontecimiento que no desentona precisamente, y muy a pesar de los aficionados al fútbol, con esa serie de azares y accidentes que han logrado desterrar lo ordinario de la actualidad política española, perpetuar la anomalía, desprestigiar la regularidad de la razón histórica e instaurar el sobresalto como norma de comportamiento habitual: el terrorismo, el 23-F, el asalto al Banco Central, el «manifiesto de los cien», el juicio, el Mundial, el comentario de las sentencias y recursos del juicio, las vacaciones, la visita del Papa en octubre, el comienzo de las ruidosas campañas electorales de la próxima temporada...

Factorías del caos

Nadie le niega al evento extraordinario su lugar privilegiado en la historia del presente, y de sobra es conocido el papel decisivo que las ciencias duras y blandas otorgan al accidente, al azar, a lo imprevisible, al acontecimiento que rompe y rasga la cadena discursiva y puede llegar a desviar el discurso de la ciencia. Esa es otra cuestión que nada tiene que ver con la pedestre historia que nos ocupa.

Porque desde el momento mismo en que los *mass media*, como señala Noguera, tienen el monopolio de la historia, el acontecimiento insólito —catastrófico o lúdico, pero nunca arbitrario— hace algo más que adosarse a lo real, suspender la normalidad *sine die*, alimentar el hambre de sensacionalismo de las masas y espectacularizar lo político. El problema es cuando lo arbitrario, el evento con un sentido extraordinario estúpido, de rango primitivo, intenta ocupar el lugar de lo ordinario político, social o cultural, como por aquí sucede. En fin, cuando esos *mass media* sólo fabrican caos, delirios, acontecimientos extraordinarios altamente manipulables que no añaden nada nuevo al espectáculo de lo ordinario.

Nuestra civilización judeocristiana tiene tendencia a suponer, decía Francis



co-empresarial. En verdad, el cálculo de riesgos contra la adversidad deportiva se ha preparado tan exhaustivamente que incluso el equipo nacional, blindado por su gélida y desangelada fisonomía contraria al apego, ha sido previamente preservado contra las veleidades de la pasión. Con las representaciones de su breve encanto y competencia reiteradamente mostradas en los partidos amistosos ninguno habrá que pueda llamarse a engaño. Pero incluso para los «engañados», para los furibundos que pudieran bordear la decepción en la primera o en la segunda fase de los juegos, he aquí el plato de repuesto: el Mundial Cultural, que dice Saporita que ha dicho la Reina que se haga a conciencia. ¿Cómo esperar, pues, una desgracia o un destemplado alborozo de este Mundial?

Jamás quedó tan al alcance del fútbol convertirse en mero y puro espectáculo. Un espectáculo sugestivo, del que podía excluirse la garganta ardua y la polvareda tribal. Las fantasías de gloria propia y destrucción del rival. Y, sin embargo, cuando las cosas estaban así, cuando la selección se preparaba para la higiene muscular de La Molina y se velan los días con la conciencia horizontal, llega la mefítica cordillera de la guerra. De la guerra verdadera, además entre vecinos europeos y hermanos latinoamericanos, entre blancos y blancos. Una guerra auténtica, con familias mutiladas, hombres muertos para siempre y selecciones de fútbol involucradas que ya no representan a un país o a un tópico, sino directa e insosteniblemente a la guerra. ■